

Escribió el primer cónsul al general Soult y á los demás generales de confianza, consultando su parecer sobre el cambio propuesto. Decíales que no tenía tomado todavía partido ninguno, que sólo buscaba lo más conveniente para la Francia, y que antes que decidirse quería saber la opinión de los jefes del ejército. Seguramente la contestación no era dudosa, pero al menos se suscitaban con ella protestas de adhesión, que podrían servir de ejemplo y arrastrar el ánimo de los tibios ó recalcitrantes.

Por lo tocante á la Europa, su condescendencia, aunque probable en verdad, ofrecía no obstante algunas dudas. Estaba declarada la guerra con la Gran Bretaña, y por lo tanto no había que pensar en esta nación: el nuevo estado de las relaciones con la Rusia obligaba por otra parte, por razón de dignidad y decoro, á no dirigirse á ella; quedaban, pues, solamente la España, el Austria, la Prusia y demás potencias de segundo orden. La España era demasiado débil para negarse á cosa ninguna; pero el haber hecho correr la sangre de un Borbón exigía que antes de dirigirse á ella se dejaran pasar algunas semanas. El Austria había dado muestras de ser la menos sensible de todas las potencias á la violación del territorio germánico, y en su blanda indiferencia por todo lo que directamente no le interesase, no había cosa que no fuera lícito esperar de ella; pero en negocios de etiqueta era dificultosa, puntillosa y severa, según cumplía á una corte la más antigua y calificada de todas, y no era muy fácil que el jefe del Sacro Imperio Romano se prestase á reconocer entre la lista de los soberanos á un emperador, pues tal era el título que se había resuelto darle más grande, más nuevo y más militar á un mismo tiempo que el de rey.

La Prusia, á pesar de su reciente resentimiento, era todavía la más fácil de disponer de una manera favorable, por lo cual se despachó inmediatamente un correo á Berlín con orden á Mr. de Laforest de ver á Mr. de Haugwitz, para que supiese de él si el primer cónsul podía esperar verse reconocido por el rey de Prusia como emperador hereditario de los franceses. Debía esto preguntarse de modo que el joven rey quedase en la disyuntiva de una ardiente gratitud ó de un profundo resentimiento de parte de la Francia, y se encargaba á Mr. de Laforest que no dejara subsistir en los archivos de la legación el menor indicio de este paso. En cuanto al Austria, sin escribir á Mr. de Champagny, y sin aventurar una innovación directa, se usó del medio expedito y sencillo de sondear á Mr. de Cobentzel, que demostraba á Mr. de Talleyrand un deseo inmoderado de agrandar al primer cónsul. Ningún ministro más á propósito que Mr. de Talleyrand para semejante negociación; obtuvo de Mr. de Cobentzel las más satisfactorias promesas, pero nada de positivo, pues para poder ofrecer algo seguro había que escribir á Viena. Tuvo que esperar, pues, el primer cónsul unos quince días antes de contestar al senado y de permitir que los autores de su nueva grandeza continuasen su tarea. Dejéronse, no obstante, ir llegando las peticiones de las capitales y de las principales autoridades, absteniéndose solamente de publicarlas en el *Monitor*.

Las disposiciones en que se hallaba el rey de Prusia no podían ser más favorables; este príncipe, después de haberse inclinado hacia la Rusia y celebrado secreta

alianza con ella, temió haberse declarado demasiado en aquel sentido y haber demostrado claramente su disgusto por lo ocurrido en Ettenheim, y por lo tanto nada deseaba más que tener ocasión de dar alguna muestra personal de afecto al primer cónsul. Apenas empezó á hablar Mr. de Laforest á Mr. de Haugwitz, éste, sin dejarle concluir, se apresuró á declarar que el rey de Prusia no titubearía en reconocer al nuevo emperador de los franceses. Bien sabía Federico Guillermo que el inquieto partido que asediaba á la reina le preparaba nuevas censuras; pero estaba dispuesto á arrostrarlas en beneficio de su reino, y consideraba la buena armonía con el primer cónsul como el más importante de los que podía prestarle. Conviene añadir que esta condescendencia dependía en parte de cierto sentimiento de satisfacción que experimentaba, y que no podrían menos de experimentar también las demás cortes viendo abolida en Francia la república. Sólo la monarquía podía tranquilizarlos, y reconociendo ya la vuelta de los Borbones como imposible en la actualidad, el general Bonaparte era el único monarca á quien todos los príncipes esperaban ver subir al trono de Francia. Sirva esto de prueba, entre otras muchas, de la poca estabilidad de ciertas impresiones que experimentan los hombres, especialmente cuando tiene interés en borrarlas de su corazón. Todas las cortes iban á reconocer por emperador al personaje á quien, en su cólera, habían llamado quince días antes regicida y asesino.

El rey de Prusia escribió por sí propio á Mr. de Lucchesini una carta que se comunicó al primer cónsul, y que contenía las más amistosas expresiones. «No titubearé, decía el rey, en autorizar á usted para aprovechar cuanto antes la ocasión de manifestar á Mr. de Talleyrand, que después de haber visto con placer que se confiaba al primer cónsul el poder supremo perpetuo, todavía vería con más interés consolidarse el orden de cosas fundado por su sabiduría y grandes acciones con el establecimiento del derecho hereditario en su familia, que no tendría por mi parte dificultad ninguna en reconocer. Añadiré usted que me complazco pensando que esta prueba inequívoca de mis sentimientos, equivaldrá á sus ojos á todas las seguridades y garantías que hubiera podido ofrecerle un tratado formal, cuyas bases existen ya de hecho; y que espero poder contar también por su parte con los efectos de esta amistad y confianza recíprocas, que desearía ver constantemente subsistir entre los dos gobiernos» (23 abril de 1804).

Estas palabras, aunque sinceras en la esencia, no eran, sin embargo, enteramente conformes con el espíritu del tratado firmado con la Rusia; pero el inmoderado deseo de la paz hacía incurrir á aquel príncipe en las falsedades más indignas de su carácter.

No sucedió así en Viena. Allí no se había contraído ningún empeño con la Rusia; no se trataba de rescatar una concesión hecha á unos con otra concesión hecha á otros; sólo se atendía al propio interés, calculando lo mejor posible. La muerte del duque de Enghien, la violación del territorio germánico, eran allí de poca importancia; la única consideración influyente era el resarcimiento que se debería exigir en pago del sacrificio que se haría reconociendo al nuevo emperador. Primeramente, á pesar de la contra de dejar resentida á la

Rusia, otorgando una cosa grata en sumo grado al gobierno francés, había que resignarse á reconocer á Napoleón, porque negarse á ello equivaldría á declararse en guerra ó poco menos con la Francia, que era lo que precisamente se quería evitar, por lo menos entonces. Pero era preciso sacar partido del reconocimiento que se trataba de otorgar; diferirlo un tanto, hacer pagar con ciertas ventajas, y pintar á la Rusia como una dilación de mal grado el tiempo invertido en negociar las ventajas que deseaban lograrse. Tal fué la política austriaca, y fuerza es confesar que nada era más propio de gentes que vivían en un estado perpetuo de mutua desconfianza.

Con la debilidad extrema á que se veía reducido el partido austriaco en el imperio, podía suceder que en la próxima elección perdiese la casa de Austria la corona imperial. Un modo había de evitarlo, y era asegurar á esta misma casa para sus Estados hereditarios una corona, no ya real, sino imperial, de tal manera, que su jefe continuara siendo emperador de Austria si por las vicisitudes de una futura elección dejaba de ser emperador de Alemania. Así se encargó que lo pidieran al primer cónsul, Mr. de Champagny en Viena y Mr. de Cobentzel en París, á trueque de lo que él pedía. Fuera de esto debían declararle que, salvo el debate de las condiciones, el principio del reconocimiento quedaba desde luego admitido por el emperador Francisco.

Aunque el primer cónsul dudaba poco de las buenas disposiciones de las potencias, sus contestaciones le llenaron de satisfacción. Prodigó las muestras de su gratitud y amistad á la corte de Prusia; no menos agradecido se mostró con la corte de Viena, y contestó que consentía sin dificultad alguna en reconocer el título de emperador en el jefe de la casa de Austria. Sin embargo, no hubiera querido publicar esta declaración inmediatamente, para que no pareciese que compraba el reconocimiento de su propio título con otro reconocimiento; prefería comprometerse por medio de un tratado secreto á reconocer más adelante por emperador de Austria al sucesor de Francisco II, caso de perder este sucesor la calidad de emperador de Alemania; pero bastaba que la corte de Viena insistiese, para que cediera sobre este punto, que en rigor no era una verdadera dificultad, porque ya dichos títulos no tenían formal importancia. Desde Carlomagno hasta el décimooctavo siglo no había habido en Europa, al menos en Occidente, más que un soberano que llevase el título de emperador; desde el décimooctavo siglo acá había habido dos, por haber adoptado esta calificación el zar de Rusia; por último, iba á haber tres, según lo que en Francia estaba pasando, y llegaría á haber hasta cuatro si la futura elección germánica daba á la Alemania un emperador extraño á la casa de Austria. Aún se decía que tal vez al rey de Inglaterra, que había dado el nombre de PARLAMENTO IMPERIAL al parlamento unido de Escocia, Inglaterra é Irlanda, se le antojaría también titularse emperador; en cuyo caso ya hubieran sido cinco. Por consiguiente, no era cosa de pararse mucho en esta dificultad, pues esos meros títulos no tenían ya en realidad el valor que habían tenido cuando Francisco I y Carlos V se disputaban los votos de los electores germánicos.

Fuera de estas promesas tranquilizadoras de parte

de los primeros gabinetes, el primer cónsul había recibido del ejército muestras de la más solícita y sincera adhesión; el general Soult especialmente acababa de escribir una carta llena de las más lisonjeras declaraciones, y en los quince ó veinte días empleados en la correspondencia con Berlín y Viena, las capitales de Lyon, Marsella, Burdeos y París habían remitido peticiones enérgicas para el restablecimiento de la monarquía. General era el impulso, y el rumor tan público como podía serlo; sólo faltaba, pues, proceder á trámites oficiales y explicarse finalmente con el senado.

El primer cónsul, como queda dicho, no había recibido públicamente al senado, y sólo había contestado verbalmente al mensaje del 6 germinal. Hacía cerca de un mes que se estaba esperando su contestación oficial; la dió por fin el 5 floreal (25 de abril de 1804), y produjo el esperado desenlace. «Vuestra exposición del 6 germinal, dijo el primer cónsul, ha ocupado sin cesar mi pensamiento... Habéis juzgado necesaria en la suprema magistratura la cualidad de hereditaria para poner al pueblo francés al abrigo de las tramas de nuestros enemigos y de los trastornos que pudieran originar rivales ambiciosos; al mismo tiempo habéis creído que debían perfeccionarse algunas de nuestras instituciones para asegurar para siempre el triunfo de la igualdad y de la libertad pública, y ofrecer á la nación y al gobierno la mutua garantía que necesitan... Cuanto más he fijado mi atención en tan graves objetos, más me he convencido de lo necesarios que eran para mí los consejos de vuestra sabiduría y de vuestra experiencia en una circunstancia tan nueva como importante; así, pues, os invito á que me descubráis todo vuestro pensamiento.»

Tampoco este mensaje se publicó, sino que por de pronto se mantuvo oculto, lo mismo que la petición á la cual servía de respuesta. Reunióse inmediatamente el senado para deliberar; la deliberación era fácil y la conclusión era ya sabida. Reducíase á la proposición de convertir la república consular en imperio hereditario.

No convenía, sin embargo, que todo fuera secreto, sino hacer discutir en cualquiera corporación, donde los debates fueran públicos, la gran resolución que se preparaba. El senado, por su parte, no discutía; el cuerpo legislativo oía á los oradores de oficio y votaba en silencio; solo el tribunal, aunque cercenado y convertido en una sección del Consejo de Estado, conservaba la facultad de discutir, y se resolvió por lo tanto echar mano de él para hacer resonar en la única tribuna donde era posible la contradicción unas cuantas frases de libertad aparente.

Presidía á la sazón el tribunal Mr. Fabre del Aude, personaje consagrado á la familia de Bonaparte. Convínose con éste en la elección de un tribuno cuyas anteriores opiniones hubiesen sido abiertamente republicanas, para encargarle que tomase la iniciativa, y recayó la elección en el tribuno Curée, paisano y enemigo personal de Cambacères. El público creyó que aquel personaje, á quien se suponía hechura del segundo cónsul, había sido designado por éste, cuando era todo lo contrario, pues ni tenía noticia de que se le hubiese dado tal encargo, y en caso de saberlo, más bien hubiera sentido que celebrado semejante elección. Mr. Curée,

ardiente republicano en otro tiempo, completamente convertido á las ideas monárquicas como otros muchos, redactó una moción proponiendo el restablecimiento del derecho hereditario en favor de la familia de Bonaparte, y Mr. Fabre del Aude la llevó á Saint-Cloud para someterla á la aprobación del primer cónsul. No se mostró éste sumamente satisfecho, y el lenguaje del republicano desengañado le pareció poco ingenioso y asaz rastroso; pero como no era conveniente echar mano de otro tribuno, hizo corregir y transformar el texto que le habían entregado y se lo devolvió inmediatamente á Mr. Fabre del Aude. Sufrió dicha redacción en Saint-Cloud un cambio singular: en vez de las palabras *hereditario en la familia de Bonaparte*, se pusieron las de *hereditario en los descendientes de Napoleón Bonaparte*. Mr. Fabre del Aude era muy amigo de José, y uno de los que componían su sociedad más íntima, y como por lo visto el primer cónsul, descontento de sus hermanos, no quería usar con ellos la menor contemplación constitucional, los partidarios de José sitiaron al presidente del tribunado y le obligaron á enviar otra vez el proyecto de proposición á Saint-Cloud para que en vez de las palabras *descendientes de Napoleón Bonaparte* se volviera á poner *familia de Bonaparte*; pero el proyecto volvió con la palabra *descendientes*, conservada sin explicación alguna.

Resolvió Mr. Fabre no dar importancia á este hecho, y enviar á Mr. Curée el texto de la proposición tal como se lo remitió el primer cónsul, pero apuntando en él la variante hecha por los partidarios de José. Creía que una vez presentada la proposición y reproducida por el *Monitor*, nadie se atrevería á reformarla, y estaba resignado á tener en caso necesario una explicación desagradable con el primer cónsul: prueba evidente de que el partido que rodeaba á los hermanos de Bonaparte se mantenía asaz fuerte y compacto para arrostrar por ellos el desagrado del mismo cabeza de la familia. De todos estos pasos recibía aviso José día por día, después de haber pasado al campamento de Boloña.

La proposición de Mr. Curée fué presentada en el tribunado el sábado 8 floreal (28 de abril de 1804), y la discusión de que debía ser objeto fué aplazada para el lunes 10 floreal. Apiñáronse en torno de la tribuna una multitud de oradores para apoyarla, ansiando á quien más la ocasión de distinguirse con una disertación sobre las ventajas de la monarquía. La esencia de aquellos discursos vino á ser la siguiente.

La revolución de 1789 había querido la abolición del feudalismo, la reforma de nuestro estado social, la supresión de los abusos introducidos bajo un régimen arbitrario y la reducción del poder absoluto de la corona con la intervención del pueblo en el gobierno: tales fueron sus verdaderos votos. Todo lo que excedió de este límite traspasó su intento y solo acarrió infortunios. Así se lo enseñaban á la Francia terribles escarmentamientos, y era menester aprovechar aquellas lecciones y enmendar todo lo que se había hecho de más y á la ligera. Convenía, pues, restablecer la monarquía sobre la nueva base de la libertad constitucional y de la igualdad civil. Con la monarquía no era posible otro monarca más que Napoleón Bonaparte, y después de él los miembros de su familia.

Los oradores más celosos del tribunado acompaña-

ban á sus arengas invectivas contra los Borbones, y la declaración solemne de que estos príncipes eran ya para siempre incompatibles con la Francia, y de que todo buen francés debía resistir su vuelta á costa de su sangre. Parece que aquel modo de desmentirse, proclamando la monarquía después de haber prestado tantos juramentos á la república, indivisible y eterna, hubiera debido servir de lección á dichos oradores, y enseñarles á hablar de lo venidero en tono menos afirmativo; pero no hay lección ninguna que enseñe á la turba de los hombres adocenados á no abandonarse al torrente de la opinión, y todos se dejan llevar por él, especialmente cuando se creen hallar en su corriente medros y honores.

Entre los más ardorosos se distinguían particularmente los que en otro tiempo profesaron un republicanismo más exagerado, y los que en lo sucesivo debían notarse por su celo hacia los Borbones (1). Sólo un personaje, que fué el tribuno Carnot, se mantuvo con verdadera dignidad en medio de aquel desbordamiento de bajas adulaciones. Engañábase éste seguramente en sus teorías generales, porque al juzgar por lo ocurrido en los últimos diez años, era muy difícil aseverar que para un país como la Francia fuese la república preferible á la monarquía; pero este apóstol del error apareció en su actitud más digno que los apóstoles de la verdad, porque tenía sobre ellos la ventaja de una convicción varonil y desinteresada, y lo que más honor dió á su entereza fué, que lejos de expresarse como demagogo, habló como ciudadano prudente, moderado y amigo del orden. Protestó que se sometería con docilidad al soberano que la ley instituyese; pero que mientras esta ley estuviese en discusión, quería permanecer fiel á sus opiniones.

Habló primeramente con nobleza del primer cónsul y de los servicios que había prestado á la república. Si para asegurar el orden en Francia, decía, y un uso racional de la libertad fuera menester una soberanía hereditaria, sería una verdadera insensatez conferirla á otro que á Napoleón Bonaparte. Ninguno en su opinión había hecho más daño á los enemigos del país, y ninguno había hecho tanto como él para su organización civil; aun cuando la nación no le debiera más que el Código que acababa de redactarse, su nombre merecía ya pasar á la posteridad. No había, pues, la menor duda en que si fuera necesario restablecer el trono, Napoleón debería subir á él, y no esa raza obcecada y vengativa

(1) Hubo hasta aquellas adulaciones repugnantes, recurso del falso entusiasmo de los encomiadores hipócritas, que sin respetar el pudor del auditorio, hacen sonrojar mintiendo sobre la vida privada y las costumbres del que se proponen ensalzar. El más decidido y ardiente en la adulación fué el tribuno Carion de Nisas: con una improvisación de pésimo gusto, quemó al nuevo ídolo abundante y fastidioso incienso, dejándose muy atrás á Curée, á Simeón, á Duveyrier, á Duvidal, á Villot, á Fréville y á toda aquella turba de renegados republicanos. «Esa familia, exclamaba el entusiasta orador, después de una alusión á los beneficios de la monarquía ridículamente pomposa; esa familia nos presenta á la vista el noble consorcio de todos los servicios, de todas las virtudes, de todos los talentos! Aquí las palmas de Egipto y de la Idumea; allí las flores y el rayo de la elocuencia... La oliva brilla en sus manos; esa oliva que cubriría ya el mundo entero á no ser por el crimen de aquel gobierno al cual se dispone á castigar. La patria embelesada duda qué debe admirar más en él, si la belleza de su alma ó la robustez de su vasta inteligencia, ó finalmente el atractivo y afabilidad de sus costumbres.» (N. del T.)

que sólo volvería al suelo francés para hacer correr la sangre de los mejores ciudadanos y restablecer el imperio de las más mezquinas preocupaciones; pero, por último, si Napoleón Bonaparte había prestado tan señalados servicios, ¿por qué no había de dársele otra recompensa que no fuera el sacrificio de la libertad de la Francia?

El tribuno Carnot, sin remontarse disertando sobre las ventajas é inconvenientes anejos á las varias formas de gobierno, trató de probar que en Roma las épocas del imperio habían sido tan turbulentas como las de la república, y que en lo único que se habían diferenciado de estas últimas había sido en la falta de virtudes varoniles y de heroísmo; que los diez siglos de la monarquía francesa no habían sido menos agitados que los de todas las repúblicas conocidas; que bajo la monarquía los pueblos se identificaban con ciertas familias con sus pasiones, con sus rivalidades y rencores, y que estas causas producían los mismos desórdenes que otras cualesquiera; que si la república francesa había tenido días de sangre, estas turbulencias eran inseparables de su origen; que todo lo más que esto probaba era la necesidad de una dictadura temporal como la de Roma; que esta dictadura había ya sido conferida á Napoleón sin que nadie se la disputase, y que de él dependía hacer de esta dictadura el uso más noble y glorioso, conservándola el tiempo necesario para preparar á la Francia á gozar de completa libertad; pero que si quería convertirla en un poder hereditario y perpetuo, renunciaba á una gloria inmortal y única: que el nuevo Estado erigido hacía veinte años en la orilla opuesta del Atlántico era una prueba de que la tranquilidad y la dicha son compatibles con las instituciones republicanas; y que él por su parte deploraría toda su vida que no quisiera el primer cónsul emplear su poder en proporcionar esa especie de felicidad á su país. Examinando el argumento, con tanta frecuencia repetido, de que sería más probable una paz duradera acercándose á las formas de gobierno más generalmente admitidas en Europa, preguntaba si el reconocimiento del nuevo emperador sería en realidad tan fácil como se creía; si se volverían á tomar las armas en caso de salir negado, y si la Francia una vez convertida en imperio, dejaría de propender tanto como la Francia conservándose republicana á luchar con la Europa, á excitar su envidia y finalmente á moverle guerra.

Concluyendo con una ojeada retrospectiva, y dirigiendo un noble adiós á lo pasado, exclamó así el tribuno Carnot:

«¿Por ventura se le descubrió la libertad al hombre para que no pudiera jamás gozar de ella? ¿Acaso se presentó á sus deseos como un fruto al que no pudiera tender la mano sin ser herido de muerte?.. No. No puedo consentir en mirar como una mera ilusión ese bien tan preferible universalmente á todos los otros bienes, y sin el cual éstos son nada. Mi corazón me dice que la libertad es posible, que su régimen es fácil, y más estable que todo gobierno arbitrario ú oligárquico.»

Y concluía con estas palabras, dignas de un honrado repúblico: «Siempre dispuesto á sacrificar á los intereses de la patria común mis más caras afecciones, me contentaré con haberme expresado en esta ocasión con el acento de una alma libre, y mi respeto á la ley será

tanto más seguro por cuanto es fruto de largos infortunios, y de la razón que nos manda hoy imperiosamente unirnos contra el enemigo común: contra ese enemigo siempre pronto á fomentar discordias, y para el cual no hay medio que no sea legítimo con tal que logre su objeto de oprimir el universo y de dominar los mares.»

El tribuno Carnot confundía evidentemente la libertad con la república, y este es el error de todos los que suelen racionar como él. La república no constituye necesariamente la libertad, así como la monarquía no constituye necesariamente el orden; con república puede haber opresión, como puede haber desorden bajo la monarquía, y faltando buenas leyes, en todos los gobiernos habrá forzosamente opresión ó desorden. Pero lo que se trataba de saber era, si con buenas leyes produciría ó no la monarquía una suma de libertad racional mayor que cualquiera otra forma de gobierno. y además la fuerza de acción indispensable á los grandes Estados militares, y especialmente si los hábitos y costumbres de doce siglos la hacían ó no inevitable y deseable por consiguiente en un país como el nuestro. Si en efecto era así, ¿no era acaso preferible admitirla y organizarla sabiamente, á agitarse en una falsa situación que no convenía ni con las antiguas costumbres francesas, ni con la necesidad que á la sazón se experimentaba de una situación estable y tranquilizadora? En nuestro concepto, sólo en un punto tenía razón el ilustre tribuno: quizás con una mera dictadura temporal hubiera podido Napoleón constituir, según Mr. Carnot, una república, según nosotros una monarquía representativa. Napoleón estaba maravillosamente elegido por la Providencia para preparar en Francia un nuevo régimen, y entregarla regenerada y engrandecida á los que hubieran de gobernar después de él, cualesquiera que fuesen.

Encargóse de contestar á Mr. Carnot el tribuno Carion de Nisas, y lo hizo con gran satisfacción de los nuevos monárquicos; pero con una pobreza de lenguaje enteramente digna de la pobreza de sus ideas. Aquella discusión era de puro aparato, y el cansancio y el vencimiento de su completa inutilidad hicieron que terminase muy pronto, nombrándose una comisión de trece individuos para examinar la proposición del tribuno Curée y convertirla en una resolución definitiva.

En la sesión del 13 floreal (3 de mayo), es decir, al jueves siguiente, Mr. Jard Panvillier propuso, en nombre de esta comisión, que el tribunado emitiese un voto que, según las reglas constitucionales vigentes, debía dirigirse al senado y ser llevado á este cuerpo por una diputación.

Reduciase este voto á lo siguiente:

En primer lugar, que Napoleón Bonaparte, en la actualidad cónsul perpetuo, fuese nombrado emperador, y como tal se encargase del gobierno de la república francesa.

2.º Que el título de emperador y el poder imperial fuesen hereditarios en su familia, de varón en varón, por orden de primogenitura.

3.º y último. Que al modificar la organización de las autoridades constituidas según lo exigía la instalación del poder hereditario, se conservasen en su integridad la igualdad y los derechos del pueblo.

Este voto, adoptado por una inmensa mayoría, se llevó al senado al día siguiente 14 floreal (4 de mayo de